

himnos solemnes de alegría, y cuando un grupo concluía sus cantos se retiraba á un lado, mostrando veneracion y respeto, para dejar sitio á otro grupo.

Siete días estuvo el Budha, como se ha dicho, inmóvil en su trono con las piernas cruzadas y la mirada fija gozándose en la iluminacion de los grados sucesivos de la meditacion por que habia pasado; y á un hijo divino que le preguntó lo que meditaba, contestó: «Gozo.» Como un rey cuando toma posesion de su trono, ó cuando acaba de vencer á sus enemigos, estaba Budha, el vencedor de Mara y de la miseria de las criaturas, sentado en su trono. Despues se levantó y se volvió á sentar, para quedar otra semana en su trono precioso. En esta semana recorrió con el pensamiento el universo, que comprende los tres mil millares de mundos; en la tercera semana fijóse su mirada únicamente en el trono al



Efigie de Dhyána,
el espíritu de la meditacion
(templo de Dharasinva).



Efigie de un Guru
(maestro ó persona venerable,
escultura de Aurangabad).

pié del árbol de la ciencia, y durante la cuarta semana recorrió la tierra, desde el mar oriental al occidental, siempre acompañado de los himnos de los seres divinos y de una lluvia de flores y perfumes (1).

Por aquel tiempo acercósele otra vez el tenaz Mara para aconsejarle que fuese á gozar el descanso eterno, ya que habia conseguido lo que tanto habia deseado; pero Budha contestó al tentador que no iría á gozar el descanso eterno hasta que hubiera suficiente número de monjes mendicantes iluminados, fieles adeptos de su ley y aptos para enseñarla y defenderla contra sus adversarios; hasta que el Budha, su ley y su iglesia estuvieran sólidamente cimentados en el mundo; hasta que hubiera innumerables bodhisatvas encaminándose hácia la iluminacion suprema, y hasta que se hallaran establecidas las cuatro congregaciones iluminadas y fieles (2).

Al oír esto Mara, se retiró cabizbajo y disgustado y se sentó en un sitio retirado, donde se entretuvo en trazar con su baston figuras en la arena. Así le encontraron sus hijas, Rati, Arati y Trishna, que enteradas del motivo de la afliccion de su padre, le consolaron y le dijeron: «Somos mujeres y te traeremos á ese hombre aherrojado por la pasion.» Su padre

(1) Otra tradicion le hace estar sentado en el trono siete semanas y otra del Sur cuatro ó cinco, de las cuales pasó la segunda contemplando el árbol de la ciencia; la tercera en el camino de las joyas, es decir, entre el árbol y el trono; la cuarta en la casa de las joyas, ó sea absorto en meditaciones metafísicas; la quinta cabe el bananero meditando sobre la ley; todo, por supuesto, sin dejar el trono. Véanse las obras de Kern y Beal.

(2) Las cuatro congregaciones son los monjes, monjas, hermanos y hermanas laicos budhistas. Véase Bournouf: *Lotus*, págs. 306-307.

trató inútilmente de disuadirlos de su empresa, diciéndoles que aquel hombre venerable y perfecto se habia librado para siempre de las pasiones y de su poder; las temerarias fueron y probaron sus artes de seduccion, pero Budha no hizo caso de ellas y no tardaron en verse transformadas en viejas apegaminadas. Desesperadas volvieron á su padre, el cual las aconsejó que acudieran á la misericordia de Budha. Hicieronlo así, y Budha escuchó sus súplicas y les restituyó á su estado anterior diciendo: «Los que reconocen su culpa y se enmiendan, pueden vivir en adelante segun la ley verdadera.»

Budha pasó la quinta semana en la morada de Mucilinda, rey de serpientes; y habiendo estallado una gran tempestad, Mucilinda se rodeó con su cuerpo de serpiente al cuerpo de Budha y le cubrió con su hinchado cuello para protegerle contra el temporal, y lo mismo hicieron otros reyes de serpientes que acudieron del Este, Sur, Oeste y Norte. Cuando al cabo de algunas semanas hubo cesado la tempestad, desarrollaron los jefes de las serpientes sus cuerpos y regresaron á sus moradas, despues de haber cumplido los saludos mas respetuosos, inclinando su cabeza y dando tres vueltas alrededor de Budha.

Budha pasó la sexta semana al pié de un árbol llamado *nágródha* (3) á orillas del Nairanshana. Allí vivian muchos maestros con sus discípulos, ascetas y otros anacoretas, que acudieron para preguntarle por su salud y cómo habia pasado la tempestad. Entonces formuló Budha esta sentencia: «Este mundo arde en sensualidad, y á pesar de su temor ante el peligro que corre, sigue el impulso de su vida material.»

Pasó la séptima semana al pié del árbol de la salvacion, llamado *tarayana*. Entonces sucedió que dos hermanos comerciantes, Trapusha y Balica, pasaron por aquella comarca en su viaje al Norte de la India, de donde eran originarios, con su caravana formada de 500 carros cargados de riquísimas mercancías y gran número de hombres. Habian salvado en su larga expedicion con toda felicidad muchos y grandes peligros y obstáculos, cuando al llegar cerca del árbol de la salvacion se vieron detenidos, hundiéndose las ruedas de sus carros en el suelo y ellos sin poder hacer andar el ganado. Espantados los dos hermanos, enviaron jinetes en todas direcciones para descubrir la causa de la alarma del ganado, pero nada descubrieron; solo oyeron la voz de una diosa de la selva que les dijo: «Nada temais;» y pasando adelante vieron al Budha en su hábito de monje mendicante y habiendo llegado la hora de comer, comprendieron que era necesario dar su parte al monje, pues en el instante de divisarle oyeron una voz divina que decia: «Es el Budha venido para la salvacion del mundo, y si quereis alcanzar la bienaventuranza dadle de comer cariñosamente.» No estando preparados, tomaron lo que tenian, miel, torta de pan y azúcar de caña, y haciendo los saludos mas respetuosos ofrecieronlo al monje, suplicándole que se dignara aceptar su ofrenda.

No habia tomado el Budha ningun alimento, ni comida ni bebida, desde el plato de arroz con leche y miel que le habia preparado Sudyata, y desde aquel dia habia desaparecido tambien su olla de barro de monje mendicante. Los cuatro guardas del mundo observaron esta falta y ofrecieron al santo varon fuentes de oro, que este último no aceptó, por ser impropias de un bramana, é igualmente rechazó otras fuentes ó escudillas preciosas, como eran las de lapislázuli, de záfiro, etc., que le presentaron los dioses. Finalmente le llevaron cada uno una, hecha de piedra comun, que aceptó, y para no lastimar á ninguno de los cuatro dioses dadores, unió las cuatro escudillas de piedra en una sola, de la que se sirvió en adelante. En esto habia llegado la hora de ordeñar las va-

(3) Higuera india, segun Wilson.

(N. del T.)

cas de la caravana, y los dueños ofrecieron la flor de la leche al iluminado perfecto, el cual admitió bondadosamente la ofrenda y dió á los dos comerciantes su bendicion en estos términos:

«Feliz sea vuestro viaje, feliz vuestro regreso; que encontréis felices á los vuestros y que ellos os vuelvan á ver felices tambien; que Indra, Yaxa y Cubera, siempre favorables á los que se muestran dignos de su proteccion, os den siempre suerte y, al fin, la salud eterna.»

Al bendecir á los dos hermanos, anunciéles que en otra vida futura llegarían á un alto grado de iluminacion. Esta fué la primera prediccion y promesa de Budha. Los dos hermanos comerciantes y todos los compañeros de viaje se hicieron adeptos de Budha, y fueron los primeros hermanos laicos de la comunidad budhista.

Budha volvió á sentarse al pié del árbol de la salvacion y meditó sobre su doctrina, diciéndose á sí mismo: «Esta mi doctrina es profunda, complicada é inaccesible á las inteligencias comunes; por tanto, no quiero enseñarla y prefiero continuar en mi silencio.» Mas el gran Brahma, el señor de los tres millares de miles de mundos, habia determinado otra cosa, y haciendo resonar su voz por todos los cielos, dijo: «El mundo acabará y se hundirá, porque el que ha alcanzado la perfeccion no quiere enseñar mi ley.» Entonces acudieron grandes masas de dioses superiores y con ellos marchó Brahma á donde estaba Budha y le suplicó que enseñara su ley, la ley de Budha, y éste, sin salir de su silencio, le significó que cumpliría su deseo. Volviendo, sin embargo, á encontrar nuevas dificultades para cumplirlo, se le acercó Sacra (1), á excitacion del gran Brahma, con las multitudes de dioses de las regiones media é inferior, y le suplicó respetuosamente que se levantara y comunicase al mundo, obcecado y sumido en las tinieblas, la luz de su iluminacion. El Budha continuó en su silencio, y volviendo á suplicarle el gran Brahma, dijo: «Profunda, complicada, difícil, incomprendible é inaccesible á las inteligencias comunes es mi ley y si la enseñase no seria comprendida, lo que para mí seria doloroso, y por esto quiero continuar en mi silencio.» Con esta contestacion se retiraron los dioses tristes y afligidos.

Por tres veces se resistió Budha á satisfacer el deseo de los dioses y á proclamar su ley; pero un dia, al dirigir su mirada iluminada sobre el pueblo de Maghada y pensando en su obcecacion, error y falta de criterio, distinguió tres clases de inteligencias, y se dijo: «Una parte de esta gente quedaria esclava del error aunque enseñara yo mi ley; otra parte, que andara por buen camino, me comprenderia naturalmente, pero la tercera parte, ó sean aquellos que oscilan entre los dos extremos, nunca podrian seguir mi ley si no la enseñara, y si la enseñara hay la posibilidad de que me entendiesen.» La compasion que esta clase le inspiró, determinó entonces al Budha á proclamar su ley, y así lo participó al gran Brahma, que habia vuelto á sus súplicas y á excitar su compasion, diciéndole: «Pues bien, ábranse las puertas de la salvacion á los que quieran escuchar; los de Maghada conocerán mi ley si me prestan oído sin falsedad y confiando en mí.»

Al oír esto Brahma se retiró muy gozoso y pronto resonaron todos los cielos de júbilo, y lluvias de flores y perfumes cayeron sobre Budha, que empezó á proclamar su ley, como veremos, en el bosque de las gacelas en Varanasi.

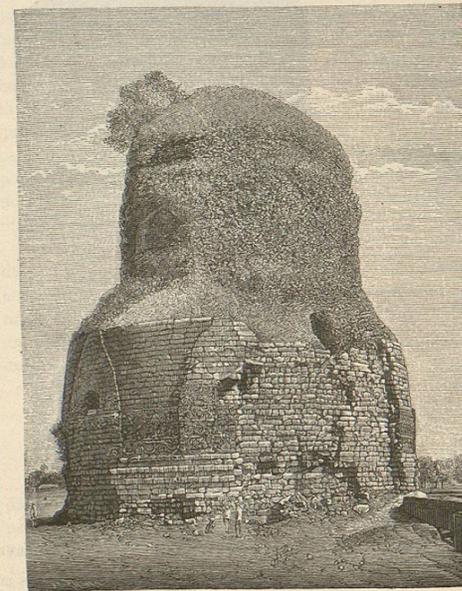
Reflexionando sobre las personas á quienes comunicaria primero su doctrina, pensó en los dos maestros Rudraca, el hijo de Rama, y Arada Calapa, en cuyas escuelas habia estado; pero pronto vió con su vista espiritual, y los dioses se lo confirmaron, que los dos habian muerto, el primero hacia

(1) De *çak*, poder, otro nombre de Indra.

(N. del T.)

siete días y el segundo solo tres días. Los dos, á haber vivido, habrian aceptado, en su opinion, su doctrina sin repugnancia, pero habiendo muerto ya, solo quedaba al Budha el sentimiento de que habian dejado esta vida sin haber conocido la nueva ley. Quedaban aquellos cinco compañeros suyos que le habian abandonado al ver que habia renunciado á sus mortificaciones y se habian dirigido al bosque de las gacelas en el país de los casis; y allí se decidió á pasar para proclamar su doctrina. Dejó, pues, su trono al pié del árbol de la ciencia, atravesó el país de Maghada y se dirigió al de Casi.

En el camino antes de llegar á Gaya encontró á un monje mendicante llamado Ayivica, que le dijo: «¡Cuán claras, pu-



Tope de Sarnath, cerca de Benares, donde habitó Budha.

ras y serenas están tus facultades, Gautama, y cuán hermosos son tu color y aspecto! redonda y lustrosa como la luna de otoño es tu cara. ¿A qué escuela perteneces, Gautama (2)?» A esto contestó el Budha: «No tengo maestro, ni hay quien se me parezca; yo soy el único iluminado que ha alcanzado la perfeccion y la tranquilidad de espíritu.» «Pues bien,—le replicó el otro,—á mí bien me reconocerás la categoría de *arhant*, de maestro venerable.» «Yo soy *arhant*, soy el maestro supremo y no tengo rival ni entre los dioses, ni entre los asuras y gandharvas,» le contestó Budha, y el otro dijo: «Entonces me reconocerás el título de *shina*, vencedor (3),» á lo cual respondió Budha: «Vencedores se llaman aquellos que como yo han vencido todos los defectos; yo he vencido el mal y así soy yo el vencedor.» Preguntó Ayivica á Budha adónde iba, y éste le dijo que iba á Varanasi, á la ciudad de los casis; «quiero,—añadió,—con una luz incomparable iluminar aquel mundo obcecado; tocaré el tambor de la salud del alma y daré á la rueda de la ley un impulso que nunca ha tenido.» A esto contestó el otro: «Cúmplase

(2) Le titula Gautama porque Gautama significa sabio, no porque le creyese descendiente del célebre richi de este nombre. (N. del T.)

(3) De las pasiones, de la concupiscencia, etc. (N. del T.)

tu deseo, Gautama,» y dicho esto tomó la dirección del Sur, mientras Budha siguió su camino en dirección Noroeste.

En todas partes por donde pasó el Budha fué recibido con amor y cariño; en Gaya le obsequió Sudarsana, rey de serpientes, y en Rohitavastu, en Uruvilvacalpa, Anala, en fin, en todas partes fué recibido y aprovisionado abundantemente en todas las casas. Al llegar á orillas del Ganges estaba crecido el río y al entrar en la barca le pidió el barquero el precio del pasaje. «No tengo dinero,» le dijo Budha, y diciendo así, elevóse al aire y pasó volando á la otra orilla. El barquero quedó consternado y sintió haber negado el pasaje gra-



Lado interior de dos pilastras del recinto de Amravati.

Representan estas esculturas la relación legendaria de los dos momentos principales, históricos y decisivos de la vida de Budha: su partida de la ciudad natal la primera, y á él mismo en su gloria, como maestro de los dioses y de los hombres, la segunda. En la parte inferior están representadas escenas secundarias.

llegado ahora, que está harto. No saldremos á recibirle ni nos levantaremos de nuestros asientos, ni le quitaremos la capa ni la olla, ni le ofreceremos de comer y beber ni taburete; que se siente donde pueda.» Así dijeron, y solo Aynata-Caundiña no tomó parte en la conversación; mas á medida que se aproximaba el Budha, los cinco se iban inquietando en sus asientos, hasta que á semejanza de un pájaro encerrado en la jaula, que no está bien en ninguna parte, se levantaron todos cinco sin saber cómo y fueron á recibir al santo perfecto; uno le quitó respetuosamente la capa y la olla, otro le preparó un asiento, un tercero le puso un taburete, el cuarto corrió á presentarle agua para lavarse los pies y todos juntos le dieron la bienvenida, invitándole á tomar asiento. Aceptó el santo perfecto, los cinco compañeros se sentaron cerca de él y se entabló la conversación, por cierto cariñosa. Todos le hablaron como lo había hecho Ayivica, alabando su aspecto hermoso y su inteligencia clara. «Quizás,—dijo uno,—habeis tenido una revelación sobrehumana.»

«No me trateis como igual,—dijo Budha,—porque me ha sido revelado el camino de la inmortalidad; soy Budha, el que todo lo vé y todo lo sabe, el que no tiene mancha y el que ha mostrado la tranquilidad anhelada. Dueño de la verdad, os la comunicaré, venid y escuchad. Enseñadós por mí

tuito evidentemente á un santo. Cuando el rey Bimbisara supo lo sucedido, mandó que en lo sucesivo fuesen trasladados gratis á la otra orilla todos los monjes ambulantes.

Así llegó Budha á Varanasi; recorrió esta gran ciudad en su hábito monástico y con su olla de limosnas y habiendo recogido abundante alimento, comió y se dirigió á Richipatana, el bosque de gacelas, en busca de sus cinco compañeros de otro tiempo, que al verle venir desde lejos concertaron la manera de recibirle, diciendo: «Ahí viene aquel Gautama, aquel goloso que no supo continuar sus abstinencias; si entonces no supo llegar á la sabiduría sublime, menos habrá

quedareis purificados, y habiendo penetrado la verdad habreis adquirido la sabiduría verdadera. Entonces ya no habrá necesidad de nuevas vidas, entonces conoceremos claramente la vida que exige Brahma, y obrando conforme á su ley no tendremos ya que pasar por nuevas vidas.»

Para probar á sus antiguos compañeros la verdad de cuanto decía, les repitió cuanto habían pensado y concertado cuando le habían visto llegar, y entonces acabaron todas sus dudas y quedaron convencidos. Arrepentidos y humildes, arrojáronse á los pies del santo y le reconocieron por maestro, llenos de amor, de confianza y de veneración, y Budha reconoció que había encontrado el lugar á propósito para empezar la propagación de su doctrina. Salíó de él una claridad como la que al realizarse su nacimiento penetró en los abismos mas profundos del infierno; la tierra se conmovió, y como entonces quedaron calmadas todas las penas, discordias y calamidades, y reinaron en su lugar en todas partes la paz, la concordia, la alegría y la satisfacción. Se oyeron voces que desde el seno del resplandor glorificaban al que había llegado á la perfección y había venido á enseñar su ley. Innumerables dioses de todos los cielos, los cuatro dioses custodios del mundo, Indra y Brahma, todos acudieron, se inclinaron ante Budha, celebrando su caridad y compasión,

y le suplicaron que predicara su doctrina para libentar este mísero mundo. En las alturas apareció una rueda de oro y de piedras preciosas, y el dios que tenía esta rueda, la de la nueva ley, excitó á Budha á cumplir su promesa.

Budha pasó en silencio el primer tercio de la noche; amenizó la segunda vigilia con agradable plática, y en la tercera se dirigió á los cinco nobles oyentes en estos términos:

«Oh monjes mendicantes, sabed que los extremos deben ser evitados por los devotos peregrinos de este mundo. Inno- ble es el esclavo de placeres materiales como la gula: jamás entrará en la senda que conduce á Brahma; jamás se verá libre de pasiones ni indiferente á las vicisitudes terrenales; jamás llegará al conocimiento supremo ni á la absorción en el sér infinito. Pero, por otra parte, no amará al prójimo ni hará mas que padecer aquel que debilita su cuerpo con abstinencias y maceraciones, y ni en esta vida ni en otra vendrá producirá otra cosa mas que penas y dolores. Apartaos, pues, de los dos extremos y escoged un camino medio, el verdadero, en lo que toca á la opinión, á las palabras, á la conducta, á los esfuerzos, pensamientos y meditaciones (1).»

«Estas,—continuó diciendo el perfecto,—son las cuatro verdades sublimes: el padecimiento, el origen del padecimiento, la supresión del padecimiento y el camino que conduce á esta supresión.

«¿Qué es ahora padecimiento? Padecimiento es la vida, es el nacer y renacer, la vejez y la caducidad, las enfermedades, el morir, el estar separado de lo que se desea (2), y el estar unido á lo que no se quiere (3); el no poder alcanzar lo que se anhela; en fin, la quintuple predisposición (á la existencia), todo esto es padecimiento (4).

«¿Cuál es el origen del padecimiento? La tendencia á existir y á volver á existir, sed y gusto á la vez que impelen á ello; tal es el origen del padecimiento.

«¿Cuál es la supresión del padecimiento? Es la supresión de aquella sed, afán y gusto á la vez, de aquella tendencia á existir y volver á existir. Esta supresión impersonal, sin pasión ni afecto, es la supresión del padecimiento.

«¿Cuál es, pues, el camino que conduce á la supresión del padecimiento? Es aquella sublime senda óctuple, es decir, el justo modo de ver, hasta la justa (correcta, acertada) meditación. Este camino es la cuarta de las cuatro verdades sublimes, á saber: el padecimiento, su origen, su supresión y el camino que conduce á ella, todo lo cual me ha ocurrido á fuerza de meditar y volver á meditar, y se me ha esclarecido: ha sido una revelación.

«Es preciso comprender este padecimiento, su origen, su supresión y el camino que á la supresión conduce, me dije á mí mismo, y á fuerza de meditar profundamente llegué á saberlo. Despues me dije: ya está comprendido todo; y hasta haber comprendido estas cuatro verdades (puntos) sublimes, no pude decir que había alcanzado el conocimiento perfecto;

(1) Esto respectó de la introducción á la doctrina. Las dificultades citadas constituyen otros tantos escalones de santidad para el adepto del budhismo. Lo que ante todo ha de adquirirse el que quiere seguir la senda de Brahma ó de la virtud es la indiferencia (*nirvid*) respecto las cosas de este mundo; despues llega á ser inaccesible á las pasiones y al egoísmo; con esto se libra de disgustos y penas y llega al conocimiento elevado con sus cinco ó seis aptitudes sobrenaturales, y finalmente alcanza la iluminación sublime, que le libra y dispensa de volver á nacer repetidas veces á nueva vida. Para alcanzar esto se propone un camino medio y óctuple, conteniendo el octavo las «cuatro verdades sublimes.»

(2) La pureza, la iluminación espiritual, etc.

(3) La sensualidad, las debilidades, vicios, la imperfección, etc.

(4) Esta predisposición quintuple es el punto de que trata el budhismo desde su origen y del que trata con mas frecuencia. (Véase Bournouf: *Intr.*, págs. 475, 494 y siguientes; Hardy: *Man.*, págs. 394 y siguientes; Childers: *Dict. s. v.*; Kern: *Buddh.*, tomo I, págs. 434, 473 y otras.) Los cinco puntales (*scandha*) están expresados en la expresión *pancópada-*

pero una vez alcanzado, he terminado mi carrera; mis vidas, nacimientos y renacimientos, mi vida monástica, con sus ejercicios y mortificaciones, han cesado, y no renaceré ya (5).»

Caundiña, llamado Ashnata (el concededor), fué el primero que comprendió y se convenció de la verdad de la doctrina; luego la comprendieron sus cuatro compañeros y todos reconocieron á Budha por maestro suyo. Con esto quedó constituida la primera comunidad budhista, la triple joya sagrada, formada por Budha, su doctrina y la comunidad. Desde aquel instante resonó por todos los cielos y por todo el ámbito del universo la fama de Budha, el sabio sakia, el de «décuple fuerza,» que desde el bosque de las gacelas de Varanasi ofrecía la salvación á todos los séres. Centenares de millares de dioses y de espíritus acudieron en grandes masas á recibir la prometida ley de Budha y vieron claro. Los budhas anteriores y bienaventurados suspendieron su enseñanza y escucharon silenciosos; sus discípulos, centenares de millares, que habían emprendido el camino del conocimiento sublime, supieron de sus maestros lo sucedido, es decir, que el sabio perfecto había puesto en movimiento por compasión y caridad la rueda de la salvación; y movidos tambien por el amor, exclamaron todos: «Tambien nosotros imitaremos la virtud y fortaleza de este maestro y pronto podremos distribuir como él al mundo la luz y la ley (6).»

Entre los espíritus celestes y bienaventurados que acudieron cuando la fama anunció la predicación de Budha, se encontró tambien el divino bodhisatva Maitreya, el ungido sucesor de Budha en el cielo y al cual éste había prometido una exaltación mayor que todas las conocidas, indescriptible, inmensa é incomparable.

CAPÍTULO III

LA DOCTRINA Ó LEY DE BUDHA

La doctrina de Budha tiene por base, como dice la leyenda, el amor y la compasión que impelieron á Budha á romper su silencio y á proclamar y enseñar el camino de la salvación. En efecto, el amor y la compasión para con todos los

nascandha por la palabra *upadana*, que ocupa en la escala descendente de las causas el cuarto lugar entre el deseo ó afán (*sed*) y la existencia ó formación. Por esto se ha traducido antes esta palabra (especialmente en el sentido que le da el budhismo del Norte) por *concepción* (como Bournouf), ó mejor dicho, la existencia humana en el estado de su predisposición. Segun el sentido que le da el budhismo del Sur, significa esta palabra mas bien *inclinación, tendencia* á la existencia (Kern), *afecto* á la existencia (Hardy), *apego* (á los cinco elementos que constituyen la existencia corporal del hombre, segun Oldenberg: *Buddha*, pág. 130). —Bigaudet admite las dos explicaciones (*Life*, etc., tomo I, pág. 93). «Upadana,» dice, es el apego á la concepción. Es el estado en que el deseo se fija en algo y toma forma; es, pues, en efecto, el sér concebido. Con esto concuerda no solamente el sentido literal de las palabras componentes (véanse las palabras *upa, da*, en el diccionario *pali*) sino, en mi opinión, tambien muy expresivamente otra significación de la forma nominal (en el *pali*), á saber: «leña, combustible» (Childers, *s. v.*). Bien pesado todo, podria traducirse, en mi opinión, esta voz, si no queremos contentarnos con «concepción,» por *disposición*.

El quintuple modo de ser de esta disposición (los elementos constitutivos) de la existencia individual del hombre, consiste (dinámicamente) en la figura (forma, corporalidad), sentido, percepción, idea (impresiones, imaginaciones), conciencia. Así resulta particularmente en el budhismo meridional. Cambiando el órden de sucesión hay variación de sentido de cada modo de ser (en el budhismo del Norte, véase Bournouf: *Intr.*, pág. 475, *N.*)

(5) Doy aquí este primer sermón de Budha, llamado tambien «el sermón de Benares,» segun el «Lalita-Vistara» escrito en prosa. Mas antiguo, menos sistemático, menos circunscrito es el «Lalita-Vistara» versificado, que empezando por el eslabonamiento de las causas, insiste en la insustancialidad de todo lo sensual y sensible, en su doctrina del padecimiento y de la liberación, como se verá en lo que sigue.

(6) La compasión y caridad con todo el mundo y todos los séres, el amor universal, fueron la fuerza que impelió á Budha desde el primer